

DEL SENTIDO DEL TIEMPO

¿Qué es un año? ¿Qué es un día? Hay muchos años y muchos más días. El año del calendario es determinado por el sol. La misma situación se repite exactamente. Pero obviamente muchas cosas han cambiado, también en la astronomía. Se divide el año en 12 meses, porque cada año la luna recorre el ciclo de luna nueva a luna nueva doce veces. Aunque no exactamente, porque 12 ciclos dan solo 355 días para el año. El sol, sin embargo, necesita $365 \frac{1}{4}$ días. En el calendario bíblico se conoce el año lunar. Pero después de algunos años se ajusta con el año solar, duplicando el mes duodécimo. Es decir, introduciendo un mes decimotercero. Y así todo vuelve a estar en perfecta armonía.

Curiosamente, también el día se divide en 12 horas. En principio, son 12 horas diurnas y 12 horas nocturnas. ¿Puede el día, con sus 12 horas solares y las 12 horas lunares tener una correspondencia con el año solar con sus $365 \frac{1}{4}$ días y el año lunar con sus 355 días? La semana tiene 7 días. Se dice que es así, porque Dios ha creado el mundo en 6 días y descansó en el séptimo.

Bajo un punto de vista astrológico, se puede dividir el mes –el mes lunar– en cierto sentido en cuatro partes. La luna creciente, el primer cuarto y un segundo cuarto hasta la luna llena. La luna decreciente, el tercer cuarto y el cuarto, hasta la luna nueva.

Pero el mes no tiene suficiente con cuatro semanas, porque suman solo 28 días, mientras que la luna, de luna nueva a luna nueva, necesita $29 \frac{1}{2}$ días.

En el año se muestra algo de un mes decimotercero –una tercera parte más o menos– y en el mes, las semanas de siete días tampoco bastan para cumplirlo. Después de cuatro semanas falta algo como día y medio para que el mes quede completo. Si la semana tuviera algo de un octavo día, algo, muy poco, contando con cuatro semanas, sería suficiente. Pero tampoco aquí concuerda. Igual que el cálculo con los 12 meses en el año no concuerda, tiene una falta.

Y también las horas, 12 horas diurnas y 12 horas nocturnas, solo coinciden en pocos lugares del mundo. Son siempre más o menos, según la estación del año. El sistema astronómico con sus conexiones maravillosas da al mundo una especie de indicación en cuanto a un sistema, pero no la cumple. El mundo como lo conocemos gira alrededor de un punto de quietud, algo exacto, pero en la práctica no es exacto.

La imagen del ser humano muestra lo mismo. Ningún ser humano es idéntico a otro, aunque todos se asemejan en mayor o menor medida. Se conocen razas, pueblos, familias, aunque también en ellas hay fluctuaciones. Pero todos llevan la imagen del ser humano. Sin embargo, un animal, incluso un mono, es algo muy diferente, tiene otra imagen.

Y a todo ser humano, al pasar por la vida temporal, se le lleva siempre a nuevas fases. Ciertamente, el niño tiene similitud con el anciano, pero si vemos al mismo ser humano

en una foto como niño y otra de persona mayor, debemos concluir que las diferencias son considerables.

La psique del ser humano tampoco muestra “la” psique, el alma. Hay grandísimas diferencias; de raza entre los pueblos, entre las religiones, entre las clases sociales, dentro de la familia. Y cada ser humano cambia también en cuanto a su psique, su alma.

Es decir, a pesar de un teórico término medio, la vida en realidad está llena de cambios. No existe una imagen fija, aunque fuese muy agradable tenerla. Parece faltarle al ser humano esa exactitud, esa concordancia. Y al mundo le gustaría mucho hablar de exactitudes, quisiera decir que sí, que existen exactitudes.

Pero no hay nada en este sentido. Todo fluye, todo se mueve. De hecho, en el universo, igual que en el átomo, todo está en movimiento. Y el universo mismo explota, si se observan sus cuerpos materiales, explota con una velocidad inimaginable. Y al mismo tiempo encoge con la misma velocidad. La indeterminación por tanto es un hecho.

Seguramente tiene que ver con esa sensación que tenemos de explosión y encogimiento, que el tiempo fluye y el espacio se siente como inmenso. El tiempo no se detiene, se mueve, y el tiempo pasado parece haberse desvanecido. Y por otra parte, el tiempo viene, el futuro, lo venidero.

Y a pesar de todo vemos que los años vuelven. No en el sentido de que lo sucedido, lo pasado vuelva. No. Ha desaparecido irremediamente. Pero el año como fenómeno astronómico vuelve. La palabra hebrea de “año” es *shaná*, repetir. Esta palabra contiene al mismo tiempo las nociones “cambiar”, “dormir”, “aprender”, “envejecer”. La palabra siempre contiene secretos. El universo también y el tiempo también. Pero la palabra nos habla. Es la voz de Dios. E incluso esta voz habla de cambios. La voz de Dios desde la nube. Y la nube es siempre cambiante. Y la voz de Dios desde el fuego. Todo cambia, todo fluye.

Fluye y, a pesar de todo, permanece. El año desaparece y el año queda. Como año, queda. Igual que la zarza que se quema pero no se consume. El año en el tiempo se quema, pasa. Pero el año como fenómeno astronómico queda, vuelve siempre de nuevo.

Yo creo que todo gira alrededor del fenómeno “tiempo”. ¿Qué es el tiempo? ¿Dónde comienza el tiempo? ¿Puede comenzar en algún lugar, de alguna manera? No somos capaces de solucionar este punto ni física ni científicamente. Nosotros mismos estamos encerrados objetivamente en el tiempo y en el espacio. Vamos a ver si somos capaces de acercarnos a esos conceptos. Quizás el complejo de la Biblia, de la tradición, de los mitos pueda ayudarnos. Quizás la palabra, la lengua, desvele secretos para nosotros. Porque me gustaría contar cosas de lo que la Biblia explica del tiempo, una explicación del sol, de la luna y de las estrellas, relatos de ellos. Quisiera escuchar la voz de la palabra. ¿Qué se sabe pues, desde allí, en cuanto al tiempo?

La palabra *et*, 70-400, tiempo, suena exactamente igual que la palabra *et* 1-400, el artículo delante del sustantivo. Por ejemplo: *Dios creó el cielo y la tierra*, en hebreo, *et ha-shamayim ve-et ha-árets*. El cielo y la tierra. Es decir, algo permanente. Se sabe ahora qué es “el cielo” y qué es “la tierra”. Son permanentes. Esta palabra *et* se escribe con *álef-tav*, es decir, 1-400, con la primera y la última letra hebrea. Casi se podría decir que el artículo incluye todo lo que el sustantivo pueda decirnos, desde el principio hasta el fin. Todo lo expresable. Porque las letras que son señales, *señalan*. Muestran lo concreto, lo perceptible, lo calculable. El sustantivo con el artículo masculino o femenino, contiene en sí todas las posibilidades. Y aquí se ve, escucha o siente, lo que la palabra expresa.

El tiempo, sin embargo, *et*, se escribe con *ayin-tav*, 70-400. Ya no 1-400, sino 70-400. ¿Qué ha sucedido? Lo que ha sucedido es que la unidad se rompió y dejó de existir en el mundo.

La relación entre el 1 y el 70, aquí en lo temporal, en lo manifiesto, es una relación cuantitativa. Setenta es más que uno, setenta veces más como sabemos. Pero en la sabiduría de la palabra –la palabra viniendo del secreto de Dios– el uno es la unidad. Unidad de todo. Dios es Uno, universal, el buen pastor que mantiene lo múltiple unido en su Unidad. Cuida la unidad, nada puede escaparse.

Por el contrario, para nosotros el setenta expresa que estamos en el tiempo, lo que el siete es, como raíz de este mundo del tiempo. En el sexto día, como lo cuenta la tradición, el ser humano toma del fruto del árbol del conocimiento y con ello pierde el paraíso. No ha cuidado la dicha, el Edén. Se pierde la dicha tan pronto se comienza a querer saber objetivamente, cuando uno se alza como juez sobre lo ahora juzgado.

Edén, por tanto, se convierte en el pasado. Ese acto humano deja tras de sí un sabor amargo de final. Porque con el sexto día termina el complejo del pasado. Por ello el ser humano teme todo final. Prefiere permanecer en cautividad, se ha acostumbrado a ella, antes de querer o poder terminar una fase. Porque todo final tiene un sabor amargo. Le asedian sentimientos de culpa y agresión; se resigna y se siente perdido.

Dios le lleva entonces al séptimo día, el día del descanso divino, el día en que Dios disfruta de la perfección del mundo. Bendice y santifica el séptimo día. Porque en ese séptimo día, el ser humano se encuentra ante la elección y puede elegir la libertad. Se ha vuelto mortal, y a pesar de ello, sigue siendo eterno a imagen y semejanza de Dios. Si quiere saber, es mortal. Si tiene fe, si ama, es eterno.

Por ello la unidad de *álef-1* se rompe y da lugar a la multiplicidad de *ayin*, 70. El setenta, un número de la decena, muestra la relación con el Uno, en el mundo del presente. Cada vez, diez veces; el uno se convierte en diez, el dos en veinte, etc. Encontramos el diez ya en las diez palabras de creación. Y al mismo tiempo es aquello que surge de la creación como número, es decir, como potencia para contar. La creación tiene lugar, como cuenta la Biblia, en dos veces tres días. Los primeros tres días forman una unidad que se repite en los segundos tres días. Pero en los tres días hay cuatro creaciones. Siempre en

el tercer día, hay dos creaciones. El tercer signo del zodíaco es el gemelo. El ser humano, como último en la creación, en el sexto día, es la octava creación.

Ahora, las cuatro creaciones contienen el número diez. Porque el cuatro contiene en sí todos los números precedentes. Es decir, antes eran tres creaciones, anteriormente solo dos y al principio solo una. Y $4+3+2+1$ dan 10. Por ello calculamos y pensamos con ese diez. Está ya en el fundamento del mundo. Allí, sin embargo, no está de forma cuantitativa en el sentido nuestro, sino más bien, allí es la expresión de una unidad, de una perfección.

La letra *álef-1*, si la miramos, vemos que contiene en sí dos letras de diez, que se reflejan. Y el espejo es la seis, la señal del ser humano, que allí está en el sexto día. El nombre de Dios, el Señor, se escribe también como un doble diez: el 10, *la yod*, que luego se divide en $5+5$, y unido por el 6 del ser humano. Es decir: $10-5-6-5$. (Puede leerse todo en detalle en mi libro *La Biblia, Divino Proyecto del Mundo*).

Ahora ese diez es el factor de multiplicación de toda manifestación en este mundo. El mundo del presente tiene ya en sus raíces la fuerza de la perfección del diez.

Viene pues el siete del día de descanso de Dios; descanso, porque reina la perfección y todo está presente en unidad. Y el descanso es, porque el ser humano ahora, a imagen y semejanza de Dios, tiene la libertad de la elección, una elección que decidirá sobre su vida y su destino. Puede guardar la paz de la perfección, su dicha, pero puede también dejar que sus conocimientos decidan. Esta elección no es un asunto del conocimiento, de la persuasión. Porque de ser así, sería posterior a la toma del fruto del árbol del conocimiento. La elección se hace por la fe, que en hebreo es la misma palabra que “confianza” y “fidelidad”, es decir, se hace por amor, en la esperanza de que la unidad esté preparada ya para toda criatura de la creación.

La letra setenta, *ayin*, significa “ojo” en hebreo. Mirando con los ojos, puede verse una gran multiplicidad. Pero en ese ver, podrían suponerse también las conexiones, podría buscarse la unidad. El valor completo de la palabra *ayin*, ojo, es 130, y se conoce a ese número como 10×13 . 13 es la palabra *ejad*, uno. Hemos descrito ya el nombre de Dios el Señor como $10-5-6-5$, es decir, 26. Se reconoce a ese 26 como el 13 de la unidad aquí y el 13 de la unidad allá. El cielo y la tierra. La unidad de los dos lados, con vistas a la reunificación final. Será una perfección sin jerarquía, sin obligación, sin el sentimiento de que se ha de permanecer siervo por siempre. “Nada que hacer, así es”, piensan muchos. Pero Dios es generoso, acepta, recoge amorosamente. Clama una y otra vez: “A ver, tonto, yo te necesito, te estoy esperando desde todas las eternidades”.

El setenta, el ojo, puede darse cuenta de la unidad, pero puede también entrar en el reino de la multiplicidad para juzgar, para arrinconar el sentido de la creación y para afirmarse como gerifalte. El amor al prójimo bajo tales circunstancias es la conveniencia, y el amor a Dios solo si convence. ¿Qué testigos pueden convencer?

El tiempo, *et 70-400*, es pues la parte contraria de *et 1-400*, que contiene todo. El 70 es la unidad astillada, disgregada. Todos los tiempos juntos mostrarían de nuevo la unidad.

¿Pero quién vive tanto y al mismo tiempo en todo lugar, para abarcarlo y retenerlo? El sentimiento es de desesperación, de estar perdido.

Porque se sabe que tan pronto como se comienza a analizar un asunto, un estudio objetivo, se terminará en la diferenciación, en la especialización, en el análisis del detalle más pequeño. Se termina en un sinsentido, en la muerte.

¿Y qué nos muestra la visión contraria? Muestra la unicidad, la grandeza del ser humano, su grandeza a imagen y semejanza de Dios. Es el ser humano casto frente al mundo, porque conoce las tentaciones del orgullo, las tentaciones que hablan de la magia y de la impresión que puede causarse a los demás. Que fingen poderío y dominio. Pero que tienen el mismo corto recorrido que las drogas: al principio hay alegría, pero son como pompas de jabón que estallan, fuegos artificiales que se apagan. Es el camino a la muerte, al vacío, a la perdición. Es el veneno de la serpiente que recomienda muy vivamente las tentaciones del árbol del conocimiento y que se alegra de tu hundimiento. Porque no puede conceder, ni a sí mismo, las alegrías de la vida, de la eternidad.

Vemos que los factores determinantes en la elección de la tranquilidad, de la paz, no son elementos calculables. Estamos ante la alternativa del jardín del Edén con sus dos árboles, que ahora aparecen en el séptimo día. De un lado la alegría por el milagro de la perfección, de la paz y de la tranquilidad, y de otro lado lo inteligente, lo factible, la lucha por el estatus social, lo calculable. Se acepta la servidumbre en Egipto para poder ser alguien allí, de alguna forma; una ruedecilla en la producción, una ruedecilla pequeña, democrática. La alternativa es el ser humano divino. Y lo es, aunque no sepa nada de ello, si es simplemente feliz y lleno del sentimiento de ser eterno.

Álef y ayin. Alpha y omega. Ese es el asunto. El mundo subsiste por esa confrontación permanente. Es la balanza, el séptimo signo en la serie de los 12 signos zodiacales.

El tiempo es pues un regalo de Dios. El tiempo se regala. Fluye como el agua. Y el regalo de Dios es que Él echa a perder su unidad, que oculta Su unidad detrás de la multiplicidad. Los que calculan –“calcular” y “pensar” es la misma palabra en hebreo– se perderán en sus cálculos. Solo aquel que conoce las ocultaciones en su propia vida, que conoce el amor –que solo puede vivirse en el silencio–, solo ese, acaso, sospecha cuantas alegrías pueden contener. Es la alegría de la sorpresa, para aquel que regala y aquel que recibe.

Porque el tiempo contiene los dos aspectos de la alternativa. La ambición del poder mundano, una especie de visión egocéntrica del mundo que solo se ve a sí mismo y su éxito aquí. Para ese lado, el tiempo es infinito y se pierde en sus multiplicidades. Sabe que el tiempo de la vida es limitado, limitado a una nada. Es una vida sin sentido. Se dice: eso ocurrió hace 1.300 años, aquello hace 10.000 y aquello otro hace 180 años. La persona misma vive en el 70, vive una vida en el tiempo que fluye, en un lapso pequeño. ¿Qué puede representar? Se nace un día y se intenta jugar el juego de la juventud perpetua. Se celebran cumpleaños, al principio orgulloso por hacerse mayor, por la conquista del estatus, se entiende. Aunque seguidamente se va cuesta abajo. La

jubilación, grupos de mayores; lástima, pero toda celebración así contiene esos elementos.

Si se experimenta el tiempo como eternidad, es decir, si se sabe que Dios está oculto en el regalo del tiempo, se vive con una gran tranquilidad. Dios actúa, su actuación es expresión de amor. Pero si preferimos medir nuestros actos con las medidas del mundo temporal, nada concuerda. Dios mide con medidas de eternidad. Allí, lo temporal está incluido, por supuesto, pero separado de la unidad, juega un papel solo muy modesto. Porque ¿qué es una vida aquí, comparada con la eternidad? ¿Qué es la visibilidad dentro del espectro que somos capaces de ver, comparada con todos los espectros, todas las longitudes de ondas, todas las frecuencias? Solo si experimentamos el mundo de aquí como eslabón que cierra una cadena imponente, solo entonces se sabe de la eternidad y del significado de esta vida en el tiempo.

El ser humano vive aquí en el séptimo día con la pregunta recurrente: ¿Qué es la vida, para qué estoy aquí? ¿Qué puedo regalar a otro, de dónde vengo y a dónde voy? Y también la pregunta: ¿Qué es el mundo, para qué lo necesitamos? Porque fluye, es perecedero. Todo perece. Son los dos lados de la vida. Como la vida y la muerte, el bien y el mal, lo masculino y lo femenino, lo oculto y lo manifiesto. Siempre estas mismas preguntas.

El tiempo del séptimo día puede vivirse también como santificación. En el hebreo, *yom*, significa día. Se escribe 10-40, y las dos letras están unidas por la 6 del ser humano. Es decir, 10-6-40. El 10 y el 40 son como el 1 y el 4, como el 233 y el 932, es decir, igual que el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal. La misma relación. Pero los dos árboles tienen una sola raíz. El árbol de la vida es lo oculto, el amor, lo eterno; el árbol del conocimiento es lo manifiesto, lo calculable, lo temporal. En el día, en el diario, en todo momento están frente a frente. Y el ser humano con la letra *vav-6*, debe unirlos. Porque la *vav* en el hebreo significa “gancho”, gancho de unión. La *vav* es capaz de unir a dos realidades diferentes. En este caso la eternidad y el tiempo, el uno y el cuatro. Aunque aquí en el presente, en el mundo de la decena, hablamos del 10 y 40. *Yom*, por tanto, queda escrito como 10-6-40 y con ello el día es santificado.

Si el ser humano no reconoce su importancia para el mundo, para todo, entonces el 10 y el 40 están frente a frente y las raíces comunes están cortadas. Significa que existe la eternidad –qué bien– y existe lo temporal –también bien–. Pero el sentido de la vida se ha perdido.

El ser humano, si une lo de aquí con lo eterno, santifica y bendice el shabat. Ese es el sentido verdadero del shabat. La alegría de vivir lo eterno *aquí, en este mundo*, con la novia, lo femenino que santifica. Los esponsales entre el hombre y la mujer son llamados *kidushin*, santificación. También la bendición del vino en shabat se llama *kidush*, santificación, consagración del vino. Es unir lo de aquí con lo de allá. Como ser humano eterno, santo, se establece una unión con el mundo, con lo temporal; lo secreto entra en relación con lo manifiesto. *Ese es el sentido*. Y por esa razón, en la palabra *yom* está el gancho, el seis, estableciendo la relación entre el 10 y el 40.

Los dos aspectos en el tiempo se representan también por el sol y la luna. En la astronomía calculamos con el sol y la luna. Los vemos únicamente con el ojo, con el 70. Sería diferente si fuésemos capaces de vivírselos con el uno, en relación con todo en la vida y en el mundo. Entonces no nos quedaríamos únicamente con lo manifiesto, lo exterior del sol y de la luna, sino que aprenderíamos sobre la vida y comenzaríamos a conocernos a nosotros mismos. Descubriríamos la eternidad, nuestro Ser, nuestro Ser en Dios. Descubriríamos cosas imposibles de articular. Ese conocimiento vive ya en el ser humano, pero está enterrado bajo muchas capas de escombros, si vive una vida únicamente en el tiempo que pasa.

El sol y la luna aparecen en la creación en el cuarto día, es decir, después de la primera tríada. Justo después de terminar la primera tríada, Dios habla de los árboles.

Árbol, *ets 70-90*, no está lejos en cuanto a sonido de *et*, tiempo o *et*, artículo. Porque en los árboles se muestran los dos aspectos. En el árbol de la vida, el artículo determinado "el" árbol, abrazando y conteniendo todo lo que su nombre pueda indicar. Y el árbol del conocimiento en el sentido de la percepción. Se ve el crecimiento en el tiempo, lo que viene y lo que se va. Se puede calcular, planificar, actuar.

Dios llama a existencia a un solo árbol, como está escrito, que *es fruto y hace fruto*. Pero lo que viene es el árbol que *hace fruto*. Se puede decir que el árbol no obedece a la palabra de Dios. No puede, no quiere, no es posible. Quizás porque en el fenómeno del crecimiento ya está el fenómeno del tiempo. Que contiene la tentación, suscita la impresión de que puede hacerse solo, que no se necesita a ese otro, a Dios, para nada. Se elude toda relación. Se quiere analizar, calcular. Significa que se quiere analizar al otro en primer lugar, antes de eventualmente entregarse.

El árbol que Dios llama la existencia, que tiene fruto y hace fruto –para nosotros una paradoja imposible de solucionar– es llamado el árbol de la vida. El otro, que es solo crecimiento, es el árbol del conocimiento. Es decir: Ser y devenir en el árbol de la vida; solo devenir, en el árbol del conocimiento. El primer árbol es eterno, el otro es temporal. El crecimiento puede seducir, cierto; pero no se le debe rechazar. Los dos árboles en unión son santos, sanos. De no ser así, se estará enfermo, algo falta. Por ejemplo, puede que falte el crecimiento si se afirma orgullosamente estar ya en posesión del Ser, y que el mundo del devenir, de la historia, no sea ni necesario. Porque justamente entonces no se tiene el Ser, sino un pseudo-Ser. *Ser es el milagro de la paradoja*.

El árbol de la vida contiene la dicha del Ser y la alegría del devenir. En el árbol del conocimiento, la expectación al principio es grande. Se piensa poder llegar a todo mediante la actuación propia, se piensa que la relación, la fe y el amor solo molestan, en todo caso, deben de separarse de la vida activa. El resultado es una vida sin sentido. El ser humano siente que su vida está hueca, que él mismo está hueco.

Sabemos que hay una correspondencia estremecedora a ese suceso del tercer día: el final del sexto día. Porque allí el ser humano está frente a los dos árboles y escoge, se escoge a sí mismo, escoge a este mundo.

Y así comienza el cuarto día, el primero de la segunda tríada.

En el primer día viene la luz primordial, una luz que ilumina todos los tiempos y todos los mundos, que muestra la unidad, la eternidad. Pero somos incapaces de comprender a esa gran luz. Los ángeles de la oscuridad no la aguantan, comienzan a pensar. Y, como consecuencia, Dios la esconde. Pero el mundo, incapaz de comprender, la recibe otra vez en el primer día de la segunda tríada, astillada, en pedazos, en sol, luna y estrellas. Nuestro sol es uno de muchos, nuestra luna una de muchas. Nuestra tierra un planeta entre muchos. ¿De verdad es así? Nosotros lo vemos así, lo calculamos así, vivimos y crecemos con estas impresiones.

Porque también aquí escogemos. Escogemos el cálculo, lo visible y trabajamos y pensamos con esos elementos. Decidimos que el mundo y el universo sean un hecho astronómico. Hablamos de la gran explosión y un comienzo del tiempo; y lo hacemos a partir de la tan natural hipótesis de que nuestros sentidos y las medidas asociadas son lo único objetivo, lo único verdadero.

Y puesto que el cuarto día comienza *así*, el sexto día debe terminar como termina: con la toma del fruto del árbol del conocimiento y la pérdida del paraíso.

Para nosotros, el sol es lo permanente, es la fuente de la luz. La luna por el contrario cambia constantemente, es fría, refleja una luz indirecta; no es fuente de luz en sí. El sol brilla en el día, la luna está en la noche. Dios llama a la luz “día”, y a la oscuridad “noche”. Así está escrito en la Biblia.

El día, *yom*, 10-6-40; la noche, *laila*, 30-10-30-5, envolvente, sofocante. *Lilit*, la reina de la noche, de la raíz “noche” y “envolver”. ¿Debemos pues negar la noche? Ciertamente que no, el pecado está para que la misericordia pueda actuar. Dios está esperando a los pecadores para que vuelvan y vivan. No es ninguna buena solución si el pecador, para liberar a los piadosos, desaparece en el infierno cuanto antes.

Dios crea la oscuridad, Dios crea la maldad, como la Biblia lo cuenta explícitamente en Isaías 45,7. Y la Biblia es la palabra de Dios; no son palabras de un teólogo de tiempos antiguos, que acaso pueda decir cosas interesantes y profundas.

Porque Dios busca la unidad, la reunificación por amor, no porque está programada así desde la creación. Dios experimenta lo que el ser humano experimenta; y viceversa.

Existe un relato conocido del sol y de la luna. Hay muchos, pero me gusta contar este, porque contiene una gran cantidad de aspectos. Dios dice en sus palabras de creación que deben de venir dos grandes luces. Igual que dice que debe de llegar el árbol de la vida, que contiene el Ser y el devenir. Las dos grandes luces pues son la luz del día y la luz de la noche, en unidad. Pero entonces la luna se anuncia –la luna será una luz grande– y le dice a Dios: *¿Cómo puede ser, dos grandes luces? No podrá medirse. Solo podrá medirse si hay desigualdad de tamaño.*

Medir, sin embargo, pertenece al crecimiento y al camino, en el cual la meta aún no se conoce. ¿Nos estamos acercando o sigue estando muy lejos? Quien quiere medir, quisiera salir victorioso en la lucha con el adversario. Medir, calcular, son instrumentos del científico, del analítico, del que emite el dictamen.

Y así Dios le responde a la luna: *Tienes razón, la posibilidad de medir debe de existir. Sé tú pues la luz de la noche, y el sol la luz del día. En ti se medirá el camino.* Porque la oscuridad es como el pensamiento causal, impide que se vea con nitidez, solo puede verse desde la causa al efecto. Y luego quizás, algo más allá. El efecto de la primera causa puede ser nueva causa para otro efecto nuevo.

La luna recibe ahora las fases, el crecimiento y el menguante continuo. Recibe la luz del sol, no tiene luz propia. Es una correspondencia con el tiempo y la eternidad. El sol con su permanencia, con su gran potencia de luz tiene el sello de la eternidad; la luna con sus cambios perpetuos también, pero es el lado de la temporalidad, de lo perecedero. Ciertamente, vuelve siempre en luna nueva; pero la luna anterior ¿quién nos confirma que sea la misma? Es una pregunta que se vuelve a formular una y otra vez en la naturaleza, en la vida, en lo temporal. ¿La flor que ha crecido de una semilla de la planta anterior, es la misma? Para nosotros aquí, no lo es; el tiempo ha pasado y muchas cosas han cambiado.

El sol y la luna muestran en la naturaleza temporal, cuál es el principio fundamental de la vida. El sol está contento, no se dirige a Dios en el sentido de que quisiera que hubiera una elección. Está contento con que sean dos. Quizás le guste precisamente porque se da cuenta de que siendo dos podrían amarse, no es necesario que nadie tenga la razón. Ciertamente debe de haber leyes, pero también puede haber excepciones a la ley. Y quizás puedan ser fuente de luz y calor.

La luna, sin embargo, no puede darse por satisfecha con eso de no ser única, la única amada, que no pueda dominar, que tenga que contar con otro. La luna parece haber caído ante la fría razón, porque todo se puede calcular en su mundo. Pero puede mostrar siempre un solo lado de su ser, nada más. Y al ser humano de razón fría tampoco le gusta hablar de su otro lado. Igual que la naturaleza, que solo muestra *uno* de sus lados, si se la analiza objetiva y científicamente. El otro lado se deja para aquellos que están un poco locos. Y quizás esté bien que así sea.

La luna pues quiere medir. Lo mismo ocurre con muchos seres humanos. Quieren comparar, juzgar y establecer medidas objetivas. En secreto, sin embargo, cada uno quisiera ser el más grande, el más eficaz, el más estimado... ¿De dónde viene la luz de la luna? La luna llena muestra la expansión máxima de lo material. ¿Pero por qué sigue estando oculto su otro lado?

Los muy inteligentes dirán ahora que, mientras tanto, se ha filmado el otro lado de la luna, y lo que estoy diciendo ha dejado de tener validez. A esos es mejor no contestarlos, porque no lo comprenderían. Porque aun viendo el otro lado, no lo conocemos. ¿Conocemos acaso el cielo, aunque lo veamos constantemente? ¿Conocemos al prójimo, aunque le veamos a diario? La luna que quiere medir, no sabe nada de su otro lado. Y debe ser fría en correspondencia.

Pobre luna, ignoras el sentido de la creación. No tienes ni idea de qué hermoso regalo es esta vida; esta vida eterna. Estás midiendo y viendo únicamente la vida de aquí que, ciertamente, puede medirse con tus medidas temporales.

Pero leemos en la Biblia, que al final la luz de la luna será como la luz del sol. ¡Así que sí! ¿Pero somos capaces de creerlo? Podemos entender que la luna se arrepienta continuamente de su reacción egocéntrica. Lleva ese sentimiento de que en algún lugar, de alguna forma, algo ha salido mal. También ella llora por el paraíso perdido.

La luna es como la mujer infiel. Al escribirlo me viene a la mente que el período de la mujer es un período lunar. Ese período convierte a la mujer en “impura”. Los que están obsesionados con la higiene dicen que es sucia, indigna, peligrosa. Pero no, vemos que su “defecto” es ser como la luna. La mujer es impura como la luna. Su período señala que el tiempo fluye, que sus hijos vendrán *aquí*. Los hijos significan que las generaciones se seguirán, es decir, que aquí hay muerte. También la muerte, el muerto, el cadáver, es causa de impureza. Ser impuro significa pues que viviendo *aquí*, no puede experimentarse al otro lado como decisivo.

Se es impuro si se calcula con el tiempo *aquí*. Por ese motivo, en el judaísmo no se conoce la celebración del cumpleaños. Porque significaría que se calcula la duración de la vida desde la fecha del nacimiento. No. La vida es eterna. Al nacer entra en el mundo de aquí y se forma según el tiempo, se encierra en la forma. Aunque la forma intenta expresar algo de la vida. En la tradición judía se conoce la fecha del fallecimiento, llamado también *Yahrzeit*. Porque esa fecha recuerda el día del regreso a la eternidad, liberado de la forma. Después de la muerte, el ser humano está de nuevo *enteramente* en la eternidad. Está aquí en el tiempo para cumplir el camino del mundo, para llevarlo a la perfección.

Mientras que la mujer no haya dado a luz al último hijo, existe el camino separado de la eternidad, el camino que produce impureza, que debe de hacerlo. El último hijo nacido es el Mesías.

Pero no comencemos a calcular de nuevo. El último hijo nacido no significa el último en la cronología. Se refiere a un nacimiento aquí en el mundo, en este mundo, que es decisivo para todo lo demás. Igual que el primer nacimiento también lo es. El tiempo puede mostrar lo que quiere, lo que Dios quiere, pero veremos que el conjunto es un relato hermoso.

Hasta el nacimiento del Mesías, la mujer es impura. La mujer, la madre, la Mater, la materia es impura porque vive únicamente en el tiempo. Porque cree que la vida aquí es lo único que hay. Siempre reprocha al otro lado querer engañarla, por ser diferente, ni lógico ni causal.

La mujer infiel, la luna infiel, la materia infiel quiere medir. Y recibe el fruto solo *aquí*. Conoce al hombre solo aquí, en el tiempo que fluye.

Pero esa mujer infiel recibe el regalo de la gracia. Dios le dice que el asunto tampoco es tan tremendamente malo, aunque ha sido muy malo, *increíblemente malo*. Pero es parte de una historia de amor. Si no existiese la libertad de decir alguna vez: *no quiero amar, alguna vez quiero ser la primera, la única, aunque mi hombre explote*, entonces el amor inatento ha permitido que un corderito se haya ausentado de la manada.

Mientras que haya nacimientos según la ley, hay también niños solo según la ley. Las palabras hebreas de “nacimiento” y “niño” tienen la misma raíz. Los hijos en nuestra vida aquí son hijos de la ley. Y la luna con sus deseos de medir es la representación de la ley. Espero que se entienda que no estoy hablando de hijos en algún momento, en algún lugar en el tiempo. Serían ciertamente todos hijos de la ley. La Biblia, sin embargo, está más allá del tiempo, es palabra de Dios y, por tanto, para ella no vale ni el antes ni el después. En el tiempo, lo santo, la voz de Dios, se anuncia como *kol demamá daká*, la voz que calla, el sonido de un delicado silencio. Quiere decir que los relatos de la Biblia son apenas visibles en el tiempo y en el espacio. El tiempo impide que se muestren con claridad. Es inútil buscar los acontecimientos bíblicos en la historia del mundo, en tiempo y espacio. Solo los lunáticos lo hacen. Con las consecuencias conocidas.

La luna tiene también una relación con el agua. Porque el agua fluye, cubre, el tiempo fluye, la luna con sus fases fluye permanentemente. El lado acuoso de la vida, estando a la izquierda, es el lado peligroso. “Izquierda” en hebreo es *sèmol*, misma raíz que Samael, el ángel de la muerte. Porque el lado izquierdo quiere medir.

A la derecha está el sol, *shemesh*, sirviendo, dando calor. A la derecha el fuego, la eternidad, a la izquierda el agua, lo temporal. Un vestido es *simlá* en hebreo, de la misma raíz que “izquierdo”. Envuelve como el tiempo envuelve. La mujer envuelve al hombre. Pero tampoco aquí se puede interpretar en sentido temporal o espacial. La palabra de Dios viene del cielo; no es el cielo visible con el ojo humano. El cielo es el universo de Dios; allí reside. De allí viene la palabra.

La luna es el mundo en el camino. En camino hacia el cumplimiento, la perfección. En el camino se sigue midiendo, hay que hacerlo. *Vigilante, ¿dónde estamos en la noche?*, preguntan los vigilantes sobre los muros de la Casa de Dios. *¿Hasta cuándo estaremos en camino, dónde estamos?*

Porque al final, la luz de la luna será como la luz del sol, y las dos como la luz de la creación. Dios ha ocultado la luz primordial, ese amor a la creación, porque el mundo, el ser humano no pueden comprenderla. Su vaso es demasiado pequeño. ¿Y por qué no darle un vaso más grande? No, es bueno así. Porque el amor tiene esa abundancia; ¿dónde si no podría estar el hogar de la gracia, de la misericordia? Justamente de esa sobreabundancia vienen. El maligno no puede entenderlo, solo puede medir según la ley. La abundancia es el arma que vence al maligno al final.

La luna regresará al hogar, por tanto, con poderío. Igual que al hijo pródigo que anhela la vuelta a casa se le acoge con una grandiosa recepción. Como todos nosotros, los cuerpos, toda nuestra vida. Porque la luna, que envuelve, no es lo único femenino;

también el cuerpo envuelve y oculta lo esencial, lo masculino del ser humano, en principio, lo oculto.

En el judaísmo tenemos la costumbre de santificar la luna nueva, *kidush*, igual que en los desposorios el hombre santifica a la mujer. Nosotros como seres humanos, santificamos la luna. En general, esa santificación sucede justo después del shabat, realmente allí donde debería comenzar el octavo día. Como en un matrimonio nos obligamos a conducir a esta mujer, a este mundo, a alimentarlo, a vestirlo, a causarle alegrías. Conducimos al mundo, a la materia, por el camino hasta el lugar donde vive la gran luz, la gran dicha, ese gran amor de Dios, por todas las eternidades.

La actitud frente a la luna es la actitud frente al mundo. Llevamos el mundo, el mundo de Dios, la creación de Dios con nosotros nos acompaña. Igual que el cuerpo. No nos apartamos del mundo para nada. Tomamos muy en serio a este mundo, hasta el detalle más pequeño. Tomamos todo lo manifiesto muy en serio. Sabemos que toda cosa, todo objeto tiene en sí, oculta una chispa de la luz divina. De no ser así, no podría existir aquí. La materia la envuelve, la mujer envuelve al hombre, al oculto.

Espero que se me comprenda correctamente. No estoy hablando de la mujer concreta ni del hombre concreto aquí. Por supuesto que el hombre como la mujer son, en primer lugar, seres humanos con exactamente los mismos derechos. En cada mujer física, el hombre es lo oculto y en cada hombre físico, su cuerpo es la mujer. No queremos medir aquí como la luna.

Así que vivimos con la luna en el camino y estamos andando hacia el sol. No estamos mirando a esos cuerpos celestes porque no queremos que nos seduzcan. En el caso de la santificación de la luna, por ejemplo, se constata la presencia de la luna con los ojos, cierto, pero luego se deja de mirarla. Porque ahora lo importante son las palabras, palabras de Dios. Y durante la santificación se dice: *David, el Rey de Israel, ¡vive y subsiste!* Es decir, otra afirmación que no tiene ni pies ni cabeza. Y se da a todos los vecinos el saludo de paz conocido: *¡Shalom aleijem – aleijem shalom! Shalom*, paz es la misma palabra que “perfección”. La luna se muestra, se muestra de nuevo. ¿Llegaremos a la perfección esta vez, con esta luna? ¿Podremos unir este lado con el otro, con esta luna? Porque este lado de aquí, solo, no llega a nada permanente. La luna llena no es nada, porque de inmediato comienza a disminuir. Lo que se espera es otro cumplimiento. *La comprensión perfecta de que David vive y subsiste*. Solo el materialista, es decir, el lunático, busca a David aquí. Por ello estas palabras en el renacimiento de la luna. Ahora mismo, con esta luna podría ocurrir. Es increíble, pero es la verdad.

“Mes”, en hebreo es *jodesh*, que significa “nuevo”, “renovación”. Porque se quisiera reconocer en todo momento –aquí en el fluir del tiempo– que el nuevo mundo ha llegado, que está.

Terminando con estas palabras sobre el sol y la luna, podemos comprender ahora por qué los dos están incluidos en el encuentro con el tiempo. El sol, porque la eternidad, el camino en Dios y con Dios, siempre está. La luz de la luna tiene como meta convertirse en la luz del sol. Es decir, una auténtica inversión de la naturaleza, también de la

naturaleza del ser humano. Porque la luna muestra esa gran falta, muestra la enfermedad, el pecado, la muerte. Pero la luna es este mundo, este mundo manifiesto, lo material, en principio lo femenino. Significa que nuestra vida aquí con el cuerpo, en el tiempo, espera convertirse en algo verdadero, permanente. Ese ser humano verdadero, eterno, está aquí para Dios, representa a Dios en lo manifiesto, es siervo de Dios. Ser siervo de Dios significa hacer aquí lo que el Señor no puede hacer. Es decir, el Señor sí lo puede hacer, pero entonces se estaría perdiendo el sentido de la creación, el sentido del regalo, del amor. El ser humano verdadero, sin embargo, a imagen y semejanza de Dios, posee Su lado eterno. Solo como imagen, solo como semejanza, tiene el lado material. Y el ser humano verdadero une los dos lados. Recordemos la letra *vav*, ese gancho, que une el 10 y el 40, la eternidad y la temporalidad. En la palabra *yom*, día. Cada día.

La falta de nitidez en todo, en todo aquello que está en el camino en el fluir del tiempo, es una consecuencia del camino. Si todo fuese concordante, el tiempo habría dejado de fluir, el sol y la luna serían iguales, tendríamos 13 lunes, es decir 13 meses en el año, tendríamos 8 días en la semana. Todo lo oculto sería también manifiesto y a pesar de todo, seguiría estando oculto. Toda inseguridad hubiera dejado de existir, toda mentira, enfermedad, muerte, es la imagen de los tiempos mesiánicos.

Aun no somos capaces de llegar a eso, aunque el anhelo ciertamente existe. Los pensamientos se muestran infructuosos, los sueños inalcanzables y las decepciones se acumulan. El mundo está lleno de malentendidos. Si se dice algo, uno lo entiende y otro no.

Quizás comprendamos ahora por qué en el judaísmo se toma la vida en este mundo tan en serio, hasta el detalle más pequeño, más insignificante. En el camino no queremos usar solamente las medidas temporales; estando en el camino quisiéramos perpetuar las costumbres del hogar, de la casa del Padre. Y allí en el cielo a veces lo más pequeño es sumamente importante. Porque todo lo santo apenas puede expresarse aquí y porque Dios está en la voz delicada y sensible que calla. Por ello, en el camino hacia la perfección prestemos especial atención a la modestia, al silencio.

La luna es nuestra compañera. Significa, nuestro cuerpo de aquí es el elemento con que andamos, hacemos, actuamos. El cuerpo y la luna están muy relacionados. La luna acompaña en el camino, es la luz en la noche, en la oscuridad.

Pero como meta tenemos la luz del sol. Mientras estemos en el camino, su luz es limitada por la presencia de la luna, de aquella instancia cuyo reino es la oscuridad. Algunas veces la luna oscurece al sol, eclipse solar. Algunas veces es al revés, el sol oscurece la luz de la luna, eclipse lunar.

No debería de suceder. Pero la naturaleza demuestra que puede darse, a pesar de todo. No tenemos miedo cuando sucede en la naturaleza, pero nos asustamos porque algo así podría ocurrir en el mundo, en el ser humano. Porque en el amor entre dos, todo es posible, la extrema belleza, grandísima bondad, y también la catástrofe, la pérdida. Pero

la gracia de Dios no va a permitirlo. Por esa razón se reza, nos dirigimos a Él, al Dios eterno, del amor, de la gracia, de la misericordia.

En el judaísmo pues se cuenta el tiempo de dos maneras: con la luna y también con el sol.

Con la luna se mide en el camino. Israel se encuentra caminando hacia su hogar, hacia la perfección, la vida eterna, la paz y la dicha. Israel es ese elemento oculto en toda persona. Sigue estando lleno de pecados, de imperfecciones. Porque el amor es un asunto grandioso; pide mucho, todo, y de pronto se ausenta. ¿Dónde estará? En El Cantar de los Cantares podemos leer algo de los caprichos del amor. Pero el amor no puede mentir, aunque sea molestado, su camino obstruido. Aunque algunas veces es como si Dios no escuchara. Si es así, dirígete directamente a Él, lo que significa que estás ajustando tus medidas a las suyas. Y puedes pedirle –como no– que alguna vez tome también tus medidas en consideración. Porque finalmente eres un ser humano, portador de los dos lados, y enfrente tienes a Israel, ese elemento oculto. Significa que no busquemos a Israel aquí en el mundo manifiesto. Muchas veces lo que se manifiesta aquí es Amalek, el cananeo y otras veces es Israel. Pero siempre *dentro del ser humano*. Deberíamos llegar a entender que hay que corregir lo temporal, ajustándolo hacia la eternidad. Si no lo hacemos, lo temporal se nos escapará y podría perderse.

Es decir, se cuenta con la luna allí donde se habla de Israel, del hebreo, que está en camino hacia la perfección.

El primer mes con que se cuenta, es el mes de Nisán. “Luna” y “mes” es la misma palabra. Allí en Éxodo 12, cuando Dios señala a Moisés y a Aarón la luna nueva y dice: *Este mes os será principio, comienzo de los meses; será este para vosotros el primero en los meses de todas vuestras renovaciones, de todas vuestras lunas nuevas*. Y así es. El año lunar comienza con este mes. Bajo esta luna, habiendo llegado a luna llena, sucede la salvación de la servidumbre. Es el mes de Nisán. Ese nombre hebreo está relacionado con las palabras *nes*, milagro y *nisayón*, tentación.

A partir de aquí se cuentan los 12 meses del año. Cada vez 29 días y $\frac{1}{2}$, porque los meses coinciden perfectamente con el periodo lunar. El primer día de un mes es el día de luna nueva, la luna llena sucede el día 14/15 del mes, y el mes termina después de 29 días y $\frac{1}{2}$.

El año solar sin embargo tiene 10 días y $\frac{1}{2}$ más que el año lunar. Se sabe, por supuesto, un niño puede saberlo. Pero no se deja que el año lunar siga su curso, eliminando sin más al sol. Con ello se tomaría solo a este mundo en serio, al mundo del agua, el fluir del tiempo, ignorando a todo lo demás. La meta sin embargo es que la luna al final sea como el sol. Al final, cuando el “último”, el niño decisivo nace. Por ello se corrige cada vez, cuando la diferencia entre el año lunar y solar ha crecido hasta el tiempo de un mes. Se incluye entonces un mes adicional. Se trata siempre de duplicar el último, el mes duodécimo, el mes de Adar, convirtiéndolo en el mes decimotercero del año en curso. La técnica del cálculo será descrita algo más tarde.

Se cuenta pues los meses a partir del mes de la salida, de la salvación de la servidumbre en la forma, en la forma rígida de Mizraim, Egipto. *Porque el tiempo verdadero comienza allí.* Los años, sin embargo, se cuentan a partir del momento bíblico de la creación del ser humano. Y esos años son, al final, años solares.

Pensemos: igual que el sol, existe el ser humano a imagen y semejanza de Dios, el ser humano eterno. Igual que existe un mundo eterno desde la creación, de eternidades en eternidades. La vida es eterna. El sol, el día, luz y calor del sol. Toda la criatura está bajo ese calor, ese amor de Dios, que se muestra en lo terrenal también en el sol.

Pero la creación del ser humano es el primer día del séptimo mes, es decir, justo enfrente del primer día del primer mes. Enfrente, si reconocemos el círculo del año como el círculo de las doce lunas, de los doce signos astrológicos. Ese séptimo mes lleva el nombre de Tishri. Y ese nombre se deriva de la palabra *yashar*, recto, bueno, correcto.

Estos dos comienzos muestran la dualidad como base de la vida. Son dos, ¿pero se aman? El sol a la derecha, lo masculino; la luna a la izquierda, lo femenino. En el principio, es decir anterior al principio, son una unidad en Dios. Los matrimonios son contraídos ya en el cielo. La unidad de un matrimonio está, en principio, en la eternidad. Pero luego la mujer puede soltarse, igual que la luna. La materia se libera, se independiza, puede volverse rabiosa. La mujer, la materia, el mundo, toman parte en las seducciones. La mujer se ofrece como una prostituta. Se entrega al hombre que paga. En el materialismo más grosero, en el nacionalismo condicionado por la biología se impone la política del mayor provecho. Quien paga más, recibe la mercancía. El hombre verdadero, sin embargo, espera. Dios espera. En la naturaleza se expresa lo mismo en la relación entre el sol y la luna. La luna está en el camino de regreso. Regreso: la mujer se acepta de nuevo.

El tiempo está para que haya camino. Para que pueda fluir. El agua es suave. El camino conoce muchos momentos. Lo que está mal en un momento, puede rectificarse en el siguiente. El tiempo es el regalo de gracia de Dios. Porque según la ley, si un objeto cae, debiera de seguir cayendo. Sin embargo, lo que has hecho mal hoy, puede quedar sanado en el tiempo. Mañana ya puedes darte la vuelta. Y si sucede, no mires atrás, sigue tu camino como persona nueva. Y lo que puedes reparar humanamente, repáralo. No puedes llevarte ninguna ventaja por haberte dado la vuelta. En el mundo reina la ley, cierto, pero el regreso renovará tu vida enteramente. De allí se te regalarán también cosas terrenales: alegría, dicha, paz y ante todo el sabor de la eternidad, el olor del Ser y devenir eternos.

Por esa razón se están contando las renovaciones, las lunas, en el camino. Por ello en esencia, Israel es lo más importante en cada ser humano. Y se sabe que todas las lunas serán corregidas hacia el sol. Alguna vez, cada pocos años, se mostrará una luna decimotercera, y con ella el cálculo lunar será exactamente coincidente con el sol. Entonces el ser humano se ha convertido en el rey del universo.

Es posible que se encuentren dos opiniones diferentes en la tradición, en cuanto a un suceso del día. Una de las opiniones sale del cálculo lunar; siendo así, el segundo mes,

por ejemplo, es el segundo mes después de Nisán. Otro comienza con el cálculo solar, y por ello el segundo mes es aquel después de Tishri. Aquellos que hablan de ello en la tradición, saben muy bien lo que quieren decir, qué aspecto están tratando. Pero para el científico que investiga la historia, es ciertamente como para explotar. ¿Cómo es en realidad? preguntan. Bueno, un ídolo responderá con exactitud, unilateralmente. Porque busca la noche, busca representantes que lo afirmen por él.

Nosotros, desde un punto de vista bíblico, tomaremos las lunas como la línea a seguir. Porque la Biblia nos habla así. Sabe que se corregirá hacia el sol. Sabe también que el sol tiene una relación con el ser humano que vive en el tiempo. Cada 28 años el ciclo del sol se renueva. Y dos de estas renovaciones dan el día, *yom*, 10-6-40. Dos veces 28 es 56, el número del día. Pero son momentos que no podemos considerar más en detalle en este libro.

Ahora que hemos hablado del año, quisiera acercarme al significado de los días en el año. Como primer ejemplo, creo, sería adecuado hablar del día de reposo, del *shabat*. Es el séptimo día de la semana. Hemos hablado ya en nuestra búsqueda de conexiones, de unidad, de los días sexto y séptimo.

Visto desde la luna, en cada semana hay seis días de trabajo y un séptimo de descanso. Así fluye el tiempo y así en un ritmo fijo, conocido, nos encontramos con el *shabat*. En el año lunar, en principio, 50 veces. Los demás días, desde este punto de visto, son días “normales”. Son llamados *jol*, arena, normal, profano, comparado con el *shabat* que es llamado *santo*.

Desde el aspecto solar, desde el año, que en cierto sentido corresponde con la eternidad, debemos decir que toda la vida, todo el círculo vital, está determinado por el *shabat*. El séptimo día es descanso, cierto, pero el descanso es el fundamento de la vida, la perfección de la creación, la paz, la vida eterna, *todo eso es el shabat*. Con otras palabras: no solo nos encontramos con el *shabat* con regularidad en el camino, más bien, el *shabat* ilumina toda la vida. Porque, igual que el giro anual incluye los 12 signos astrológicos, es decir, las 12 renovaciones, así el año es la vara de medir para la vida en general. Los 120 años que la Biblia señala como el largo de la vida, es decir, años de vida del ser humano en contacto con este mundo, no pueden ser medidos con un calendario profano. Como tampoco los 930 años de Adán, los 365 años de Henoc, los 969 de Matusalén, los 70 de David, los 70 de Salomón, los 175 de Abraham, etc. Quien mide según el calendario profano, solo conoce la vida en el tiempo y en el mejor de los casos algo que parece ser un desacierto de Dios en la planificación del mundo y de la vida. Los 120 años son una especie de quintaesencia de la vida. Son mencionados en el relato de Noé y del diluvio. Noé vive hasta el *mabul*, el diluvio, 600 años. De esos años, vive 120 sabiendo del diluvio y construyendo el arca. Esos 120 años son una quinta parte de 600. Quiere decir que aquel que conoce la quintaesencia de la vida y la vive en su inconsciencia, *sobrevive*. Porque entonces los 120 años son el tiempo en que se construye *la tevá*, el arca –la noción *tevá* significa al mismo tiempo “palabra”– según las medidas que Dios da. Dios da las medidas 300, 50 y 30, es la palabra hebrea *lashón*, idioma, lengua.

El ser humano es capaz de percibir el núcleo de la vida, lo eterno, si reconoce la palabra como la habitación de Dios. Si escucha la voz de Dios en las palabras, bien sea en el silencio, en la risa o en el llanto, en la alegría o en el sufrimiento. Si la voz de Dios es fundamento de su propia voz. No por el cálculo ni la gramática, sino más bien sintiendo y amando la palabra. Cantando con ella.

Y el nombre de Noé, *Noaj, de la noción reposo*, tiene el número 58, el número de la gracia. Es decir, 120 años; 120 veces 12 lunas. El 144 se anuncia aquí.

Pero volvamos a nuestro tema. El shabat significa que el reposo, la perfección, viene a los seres humanos, al mundo. Quiere decir que el ser humano puede vivir con el sentimiento, viniendo de su lado eterno, que todo, evidentemente todo, tiene que ser eterno. Porque también Dios, el creador, es eterno, y porque estamos hechos a su imagen y semejanza. Esta tranquilidad, esta paz nos viene desde el lado derecho, el lado inconsciente. Ese lado es la suma de nuestra vida, no lo conocemos y a pesar de todo es la fuente de nuestra existencia. El lado izquierdo es el lado consciente. Allí “sabemos” habiendo tomado del fruto del árbol del conocimiento. Pero desde el lado derecho, viniendo como de otro mundo, del mundo de la vida que no podemos conocer, del lado del árbol de la vida, nos viene el shabat. El sentimiento que todo está en orden, que todo es amor. Ese es el shabat que se extiende sobre toda la vida.

Frente al shabat eterno está el shabat en el tiempo, que vivimos conscientemente.

¿Cómo es la relación entre estos dos lados? Según nuestra imagen de aquí, entre el lado del año solar y el lado del año lunar.

En el año lunar, además del shabat, hay también otros días señalados. Son los días festivos; en el hebreo se habla del *yom tov, del buen día*. Por ejemplo, Pesaj, Shevuot y Sukot, la fiesta de las cabañas. Además, el Año Nuevo y Yom kipur, el día del perdón. Más allá de los días señalados en la Torá, se conoce también a Purim y Januká. Purim cuenta los milagros vividos en los tiempos de Esther, y Januká los milagros del aceite, en los tiempos de los Jasmoneos. Por lo demás, el año está ocupado en su mayor parte con el día que es llamado *jol*, normal. Los días especiales son como las flores en un prado verde. Un prado solo con flores, sería más bien aburrido.

Para la vivencia del año con una sensación de eternidad como sucede en shabat, en Pesaj, por ejemplo, podemos sentir que la excepción es decisiva para la salvación. *Pesaj* como sabemos, significa “saltar por encima”; la norma, la ley se puentea y así viene la salvación. El ser humano solo puede esperarla y quedarse en casa. Porque quien salva es Dios.

Shevuot y los demás días festivos tienen también su significado. He hablado ya mucho de ellos en mis libros y conferencias. El efecto del significado viene desde el inconsciente, *siempre y cuando llegemos a percibirlo*. Porque en estos asuntos no existe la causalidad según la ley. El ser humano no puede hacer nada para obtener ese sentimiento. Sería una intención, usando la voluntad, una actitud legalista. Aunque

ciertamente puede hacer mucho en su vida consciente –usando la razón, el cálculo y el pensamiento– o no hacerlo. Es su elección, su responsabilidad.

Muchos sienten que ese actuar consciente está en contradicción con el sentimiento que viene desde el inconsciente. Pero no lo es. Estamos de nuevo ante una situación paradójica, ante una alternativa. Es la situación fundamental. Se la percibe en todo lugar, también en la naturaleza, allí donde en la partícula más pequeña está siempre la dualidad de materia o energía, es decir, no-materia. El cielo y la tierra, la vida y la muerte. Pero la verdad es: cielo y tierra. No solo como contradicción, no, como conjunto, unidad. La vida existe en lo oculto y en lo manifiesto. *Jayim*, vida, en hebreo. La palabra muestra la dualidad y significa que la vida abraza tanto lo manifiesto como lo oculto. Solo la unión de los dos es vida. Dios es Dios del cielo y de la tierra.

¿Qué pueden significar realmente nuestros actos en el transcurso del tiempo, del año? Si ahora intentáramos dar una explicación lógica, podría convertirse en una especie de forzada unilateralidad. Y tales explicaciones suelen terminar con la sensación: por tanto, tenemos razón. ¿Quién si no tiene tal claridad? Y viene la arrogancia, la hipocresía, se va enroscándose en una especie de fanatismo religioso y nacional que lleva a agresiones, a controversias, a saberlo mejor. Mientras que se siente y se sabe que lo más precioso casi no puede ni expresarse. Y por el contrario, que toda banalidad recibe siempre muchos aplausos, mientras que lo delicado, lo oculto no es apreciado del todo. Porque el razonamiento suele ser el siguiente: ¿qué valor práctico tiene todo eso? ¿Me devuelve la salud, me la mantiene? ¿Va Dios a ayudarme, si hago todo eso? ¿Voy a convertirme en una persona rica, influyente, voy a estudiar con mayor facilidad, voy a tener buena suerte y mis enemigos mala suerte? Tales reflexiones son populares, atraen a la masa. Es el pecado adherido a la luna, a todo manifiesto, a la materia. Y se cae ante la tentación que viene de allí.

Comprenderán que no se puede recorrer únicamente el camino del año lunar. El sol también está. Si la luz y el calor vienen del sol, es decir, si el ser humano acepta lo que le llega de ese lado, del lado inconsciente, entonces sí, se puede hacer el camino del año lunar con alegría.

Diciendo lo mismo en palabras más fáciles de comprender: no se puede llegar al cielo haciendo el camino del árbol del conocimiento. No se puede mantener el paraíso ¡todo lo contrario! El árbol del conocimiento aporta la muerte, la expulsión del paraíso. Y el camino al árbol de la vida queda cortado.

Significa que si no estamos ante *un ser humano* –el año solar comienza con la creación del ser humano, con Adán, del que procedemos todos– a esa persona, en realidad, el árbol de la vida no le gusta. Es decir, sí le gusta, pero solo después de haber recibido la prueba desde el árbol del conocimiento. Pero actuando así, pierde el árbol de la vida. Si hace todo lo que dice el calendario lunar para los grandes momentos del año, para estar a bien con Dios, para ser escogido, es decir, para hacer un buen negocio con Dios, perderá todo, porque va perdiendo el sentido de su vida. Quizás le quede el sentimiento de pertenecer a la única religión verdadera, a una religión a la que Dios concede muchos

éxitos mundanos, que en este camino será rico, exitoso y sano. Puede, pero ha sido capturado por la serpiente y la muerte acecha y asusta.

La luna recibe su luz del sol. Ella misma es fría, muerta. La vida del ser humano con los días del año lunar solo tiene sentido si es alimentada desde el otro lado, del árbol de la vida.

¿Y qué sucede entonces con esos días? Sin palabras, sin explicaciones y sin poder articularlo conscientemente, se va experimentando la alegría del lado de la eternidad. Entonces todo lo ilumina y lo calienta el árbol de la vida. Entonces *sabe*; y todo el significado del shabat, de Pesaj etc. vive en él. La Torá vive en él. Es el árbol de la vida, ya no el árbol del conocimiento.

En este caso se sentirán también los beneficios del fenómeno de la repetición. La repetición es la expresión de aquello llamado costumbre, naturaleza. Mediante la repetición, algo puede convertirse en “naturaleza”. ¿Qué naturaleza? ¿Buena o mala? ¿Qué costumbres? ¿Buenas o malas? La pregunta es siempre: ¿se interesa el ser humano por la vida, pregunta para qué, por qué, de dónde, a dónde? Significa que todo el mundo le concierne, la naturaleza, los animales, las plantas, es decir, toda la vida. Y también su lugar en ese conjunto, el tiempo de su vida, de su mundo, todo tiene relación con él. ¿O se está quizás distinguiendo en el sentimiento de que “nosotros lo sabemos mejor, los demás no lo entienden”?

¿Puede decirse eso, si alguna vez se ha visto verdadera felicidad, bondad, lágrimas de dolor, sonrisas, en los demás? No lo creo. Pero a la masa le gusta separar, le gusta juzgar, tiene sus propias medidas. Y todo el mundo debe aceptarlas.

Así piensa la masa. Luna llena. El hecho de medir es cuantitativo. Se quiere tener muchos seguidores, se cuentan los que son. Pero esos números son cantidades de muertos. El árbol del conocimiento busca a las masas; la ley se afirma si se trata de masas, de grandes números. La fuerza prevalece. Hay que hacer conforme a la ley. Así se crean los mandos y los mandados. La ley une. Y mucha gente, aunque esté hablando de libertad, solo quiere que la manden. Hasta el masoquismo. Disfrutan de la creación de nuevas leyes, si oyen hablar mal de alguien. La luna oprime y tiende a lo destructivo si está separada de su fuente, del sol. El árbol del conocimiento causa los mismos efectos si está separado del árbol de la vida.

Espero que se me comprenda. Hacer y actuar mucho da vida solo si tiene la luz y el calor del árbol de la vida. El año lunar solo tiene sentido si sabe del año bisiesto, de la luna decimotercera, es decir, que es conducido por el sol, por el ser humano verdadero. Así, Israel tiene sentido. De no ser así, será como todos los demás pueblos.

Así el fenómeno de la repetición recibe su sentido. La repetición en el tiempo es la característica de la eternidad. Durante el año el shabat se repite, durante los 120 años de la vida, Pesaj, Shevuot y los demás días festivos, también.

La repetición por tanto tiene la tendencia de convertirse en naturaleza. ¿Qué es esa naturaleza?

En el hebreo, igual que en otras lenguas, viniendo desde la esfera del inconsciente, “naturaleza” y “costumbre” es la misma palabra. *Tava, tet, bet, ayin*. Significa que algo recibe un lugar en el ser humano. Puede decirse también que por la repetición se construye una residencia. Y eso significa que entra en la inconsciencia, aunque se haya comenzado a construir conscientemente. Entra en el inconsciente, precisamente por la repetición. Así se aprenden textos de memoria. Al final se recita hablando desde un conocimiento interior. Par coeur, en francés, by heart en inglés, de memoria.

Y camino a través, el tiempo repite cada vez el día, la semana, el mes, el año. Así se construye la vida con estas repeticiones. El ambiente y el paisaje cambian, cada día se suceden cosas diferentes, nuevas, pero los momentos del tiempo están siempre. Dios regala el tiempo, por amor destruye Su unidad, se retira como tal. Es también uno de los aspectos del así llamado *tsimtsum* (vean mi libro *Vivir en el Aquí y en el Allá*). El tiempo, con sus múltiples momentos, oculta la unidad de Dios.

Estando en esta multiplicidad y apreciando la repetición como expresión de un anhelo no consciente de unidad, de eternidad, de santidad, es decir, de modestia, también de una especie de *tsimtsum*, de retirada, es decir, de castidad, se está construyendo un comportamiento del todo natural, evidente. No puede hacerse de otra forma.

Nadie puede decir de antemano si una costumbre es buena o mala. Depende del ser humano, si conoce el árbol de la vida o si sus actos están guiados por explicaciones lógicas, causales. Si es bondadoso o más bien de corazón duro. Y eso puede cambiar cada día, cada momento. La serpiente está siempre dispuesta a persuadirnos de las bondades del árbol del conocimiento. La serpiente es la región donde el ser humano instala su vida mundana en el tiempo una y otra vez. Nadie puede pretender que haya vencido a la serpiente de una vez por todas. Cada momento del tiempo tiene una chispa divina, una chispa eterna. El tiempo es un regalo de Dios, la Unidad se ha astillado en una multitud de momentos.

Significa pues que no hay recetas obvias para ser bueno o malo. Se decide *en el ser humano mismo*, en su inconsciencia, si se refiere al árbol de la vida, ese camino hasta la eternidad, o al árbol del conocimiento, el dominio del tiempo. No existe ninguna receta en la vida objetiva, consciente, aunque haya mucha gente que vaya en su búsqueda. La receta en sí sería ya un fruto del árbol del conocimiento, sería hacer el camino hacia lo factible, hacia el poder.

Significa que por la repetición se instalan las costumbres, y el tiempo lo hace posible. El tiempo mismo se muestra en repeticiones: en los segundos, minutos, horas, días, años. Lo anterior vuelve. La palabra *shaná*, año, contiene la noción de “repetir”, “doblar”, “aprender”, “cambiar”. Además de tener el valor 355 en sus letras, como los días del año lunar.

Se están rellenando los momentos del tiempo con lo mismo, siempre con lo mismo. Se duerme, el corazón bate, la respiración funciona. Así vivimos las repeticiones; son costumbres entregadas desde la creación. Así vive Dios en el ser humano. Es el camino de la luna, que va al encuentro del sol, de la luz primordial, de Dios, del Eterno. Con estas repeticiones se está construyendo la Casa de Dios en tu interior, se está construyendo una naturaleza nueva, renovada.

Si el árbol de la vida vive en el ser humano, su búsqueda se dirige siempre, consciente e inconscientemente hacia la unión, la reunión, el reencuentro con el amado. La consecuencia es que vive con suavidad, con bondad. La vida misma se está relacionando con la eternidad y la vida de aquí deja de ser tan tremendamente importante. Se está buscando la reunión con Dios, con el Eterno. El ser humano, en su caminata por el año, vive encuentros diferentes cada vez.

La vida en el tiempo es igual. Es imposible ver todos los amigos el mismo día, hablar, comer y beber con ellos. Cada día acude alguien diferente. Quizás solo una vez en la vida, y quizás todos los días. La importancia de los encuentros no puede medirse por su frecuencia cuantitativa. Yom kipur es un solo día al año; Sukot, siete u ocho. No puede saberse cuál es más importante, toda cosa tiene su importancia. El ritmo de las repeticiones se engancha en algún lugar de la inconsciencia y entonces las dos van caminando juntas. Igual que el árbol de la vida es Ser y devenir.

Se conocen las festividades, según las palabras de la Biblia, como *moadim*, que significa “fecha” y “encuentro en el tiempo”. La habitación de Dios en el camino se llama *ohel moed*, *Tienda de reunión*, *Tabernáculo*. Tienda, porque en el camino todo fluye, todo sigue. No hay nada fijo. Y reunión, porque allí Dios y el mundo, Dios y el ser humano se encuentran.

Así un *moed* (singular de *moadim*) es el encuentro, un punto de encuentro, donde la eternidad se expresa en el fluir del tiempo. En el transcurso del año, todo se ha manifestado, el círculo se ha cerrado de nuevo. Pero puede darse que algo se manifieste en un periodo más amplio. Estoy pensando en el año séptimo, el año sabático, o el año bisiesto, el año del jubileo, una vez cada 50 años. Pero el año es la medida, siempre.

El tiempo va extendiendo la unidad y nos da todo troceado. Encontramos en el tiempo de un año, en general, todo aquello que vive en unidad en la eternidad.

La Biblia conoce también los tres *regalim*, las tres fiestas de peregrinaje. Se está subiendo a *Yerushalaim*, a la Casa de Dios. En la santidad, se entiende. Es del todo equivocado verlo como una especie de turismo. Significa más bien que el ser humano, en el ciclo del año, se encuentra con la triada, en el sentido de la salvación de la cautividad, de la revelación de la palabra y de la residencia en un mundo, donde el cielo es visible. Es el cumplimiento en Sukot de aquello que comienza en Pesaj y que en Shevuot se revela como el milagro de la palabra.

Esas tres subidas –en un sentido cualitativo, en la santidad; ese escaparse de la pesadez del mundo; ese aligerarse, aclararse– son llamadas *regalim*, de *regel*, pie, movimiento.

Están señalando un camino. Es un camino hacia el centro del centro. *Yerushalaim, la visión de Dios en su perfección, la manifestación de Dios en su perfección.* Jerusalén, punto central del mundo, de la vida. Y en el centro de Jerusalén está la Casa de Dios, la Casa fija, ya no la tienda que acompaña en el camino. Y en esta Casa, en su centro, el Santo Santísimo. Allí habita Dios.

Naturalmente que no es comprobable, ni por la geometría ni por la geografía. No olvidemos que el tiempo tira, distorsiona, deforma, tapa. No olvidemos que aún estamos en el camino, que la luna está lejos del sol. Pensemos en la falta de nitidez que impide que saquemos conclusiones válidas para toda la vida, de los elementos de aquí.

Esta subida tiene en sí la noción del pie, de la pierna, es decir, de movimiento. *Ola* es subir, también un sacrificio se llama *olá*, y es un acercamiento a Dios en la subida, al abandonar la pesadez de la tierra. Es darse cuenta de que este mundo no tiene tanta importancia. Se va mostrando otro orden. El cuerpo, lo concordante según la biología, es descompuesto y ordenado según un orden nuevo. Solo así puede el fuego transformar lo perecedero en eterno.

Regel es también la palabra hebrea de “costumbre”. Se va, se sube al centro de la vida, y ese andar se convierte en costumbre. El ser humano, inconscientemente, recuerda que es así. El malvado quiere evitarlo. La maldad es el precio del amor. Pero se paga con gusto, orgulloso, aportando así una prueba de amor.

Es decir, no se puede saber nunca si una costumbre viene del árbol de la vida o del árbol del conocimiento, mirando desde la costumbre misma, desde la repetición, objetivamente. Solo mirando atrás podría acaso saberse. Pero también eso es difícil; porque quién puede juzgar desde aquí. Porque se sigue viviendo en el tiempo que fluye.

La suma del año contiene pues estas tres subidas y luego todos los demás días. ¿Y qué pasa con los días que no son días de encuentro con la santidad? También ellos contienen muchos eventos. La tradición los conoce, son encuentros soñados desde el mundo del árbol de la vida, desde el mundo de la inconsciencia.

También esos días se repiten cada año, también ellos se convierten en costumbre, es decir, en *regel*, para andar el camino hacia el centro, hacia la vida, donde la luz de la luna será como la luz del sol, y las dos como la luz primordial, la luz de Dios. Mediante la repetición, se convierten en nuestra naturaleza.

El tiempo es pues la causa de las repeticiones, del camino, es la posibilidad de la reunificación. Porque la dicha del ser humano, regalado por el amor de Dios, es ser y devenir en unidad. Es decir, el país, el mundo con el árbol de la vida, cuyas raíces son comunes con el árbol del conocimiento.

La repetición propicia la alegría del encuentro una y otra vez; de hecho, son encuentros siempre nuevos. Los amantes quisieran estar juntos mucho, mucho tiempo. Es repetición, pero el paisaje cada vez es distinto. Ellos son los mismos, pero por el amor y por el paisaje, son siempre diferentes.

La repetición va construyendo la eternidad en el tiempo. El ser humano no inhala y exhala una sola vez; lo repite de continuo y con las repeticiones viene el sabor de la vida eterna, aquí en el tiempo. Si busca la unidad de Dios, si ama, acepta, si es tolerante, entonces ya aquí siente las pulsaciones de la eternidad.

Se siente esa necesidad de la repetición en todas las áreas. Gusta decir oraciones conocidas que acompañan desde la juventud; en casa se mantienen costumbres con la consiguiente alegría. Se toma la vida, tal cual es, muy en serio.

La maldad es destructiva. Crea una cultura de usar y tirar, desprecia las costumbres, la procedencia. La bondad es fiel, siente que un secreto acompaña en el tiempo. El secreto que el tiempo solo puede ser porque es un regalo de Dios, y porque oculta una chispa divina. Quizás esas costumbres, esa procedencia, son la chispa divina. Y quizás el ser humano anhela acercarse y pregunta: ¿Cómo debiera de vivir? siento una añoranza ¿quién me puede contestar? Si siente así, si no busca la técnica, es decir secretos que uno puede apropiarse por la inteligencia o el estudio, entonces está en el camino, de alguna manera, hacia Dios.

Existe por tanto la posibilidad del encuentro permanente en cada punto, en cada momento del “ahora”, en cada lugar donde nos encontramos. El encuentro de la eternidad, de la santidad, con lo que fluye. El hombre se encuentra con la mujer, la mujer ve al hombre. ¿Qué sucede allí realmente? Pensemos por una vez en circunstancias muy humanas, muy normales.

La mujer se adorna, significa que los elementos femeninos juegan un papel importante. Su voz, la forma de su cara medio oculta, con cierto parecido con la luna, sus movimientos, sus vestidos, su atmósfera, con estos elementos se encuentra con el hombre. El hombre, si el hombre aún está en él, se muestra pretendiente, seguro de sí mismo, capaz, si oye palabras de admiración. El hombre más bien silencioso, que busca las palabras con dificultad, que espera ser reconocido en los justos términos, mejor quizás, que lo que puede permitir la realidad misma.

¿No son las imágenes del Cantar de los Cantares? ¿No son correspondencias con la relación entre Dios y el ser humano, Dios y el mundo? Dios, el oculto, el callado, busca el amor, busca el reconocimiento de su amor, esperando. Y el ser humano, no consciente de hacerlo frente a Dios, porque Dios es el oculto que no puede ser formulado conscientemente, ese ser humano busca un camino de vida, ofreciendo lo más precioso que tiene. Está adornando su camino con expresiones de amor, que sin embargo, conscientemente, no quiere que sean entendidas así.

Estas expresiones de amor son su vida. En realidad significan que el ser humano –justamente por no saberlo– está hablando de continuo con el Eterno. Quisiera que el Eterno fuera parte de su vida, quisiera reconocerse a sí mismo como eterno. Espera, en definitiva, entrar en una relación con ese Eterno, igual que una mujer puede anhelar la llegada del príncipe, el hijo del rey. Porque sin esta relación toda persona vive una vida

sin sentido, abandonada, sin aprecio. El Eterno está, ¿por qué no le ha reconocido? ¿No hace el ser humano en su vida todo lo que puede?

¿Lo hace de verdad? ¿O quizás busca su satisfacción en las cosas mundanas, es decir, no quiere saber nada de la eternidad? ¿Puede ser? Sí, puede ser. El malvado quiere evitarlo, no quiere que el ser humano sepa, no quiere que exista esta relación con el Eterno.

Debe de haber algo en el ser humano que propicia la obediencia al malvado o que rompe su hechizo y escoge lo eterno. ¿Qué puede ser? A esta pregunta no hay respuesta lógica, porque es una consecuencia del lado eterno del ser humano. Allí está la suma de su Ser y estar. *Tendré misericordia del que tendrá misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente*, dice Dios (Éxodo 33,19). Estas palabras son incomprensibles para la mente humana. Solo puede reaccionar con un encogimiento de hombros, porque el cielo parece ser tan caprichoso. Pero no es así. El cielo solo dice: Nos conocemos de otro lugar. ¿No sois mis hijos, no estáis viviendo también en mi reino eterno? Pero puede que no sea vuestro propósito. ¿No os ha tocado el amor? Ya el amor simple de una persona a otra.

Significa que obedecer al malvado o ser capaz de romper su cerco, depende de la relación que tengamos con el Eterno.

¿Qué le interesa al ser humano y cómo lo busca? Esa es la pregunta. ¿Busca de verdad a Dios *con todo su corazón, de toda su alma, con todo lo que puede?* O quizás sus propósitos van hacia asuntos más cercanos, más mundanos. En ese caso tiene muchos pretendientes. Porque lo temporal está dividido en fases. El viejo Egipto, los griegos, los judíos, Zen, espiritismo y todo ello alternando con el comercio, la industria, el arte, la filosofía. Es prostituirse con ídolos. Porque el mundo está hecho para ser eterno, así se le quiere, para ello fue creado. De Dios y de seres humanos. De seres humanos que sienten que su relación con Dios es el núcleo de su vida.

Así las cosas, al ser humano le gusta adornar su vida con signos o señales de sus relaciones. Los ídolos tienen signos que difieren de los del Eterno, el Innombrable. Pero todas las señales pretenden ser permanentes. Solo si el obstaculizador muestra su mueca detrás del ídolo, porque la toma del fruto del árbol del conocimiento conlleva el final de la existencia, solo entonces se habla de hundimiento y de destrucción. Pero los ídolos, aunque conozcan sus límites, quieren mostrar algo perdurable. Son las costumbres. Y esas costumbres, incluso las costumbres paganas, solo raras veces pueden explicarse científicamente. La ciencia piensa a veces poder explicar alguna costumbre, pero solo gira en círculo, simplemente negando lo desconocido que hay detrás.

En cada momento puede haber un encuentro entre lo temporal y lo eterno. Entre la luna y el sol. Y cada ser humano quisiera darle *algo de permanencia* al momento que fluye y pasa. Celebración del cumpleaños, aniversario del fallecimiento, jubileos; pero también banderas, escudos, símbolos. Y muchas costumbres asociadas. Y como he dicho ya, porque han surgido de tales relaciones complejas, es difícil encontrar una explicación inteligente para muchas de ellas.

Sin embargo, muestran algo de fidelidad, aunque algunas veces dudosa. Se llevan traje y vestidos de los antepasados. Es ciertamente un testimonio íntimo de aprecio. Pero lo difícil es distinguir si los dioses han influenciado esa inclinación, o si Él, el Eterno, el Único, es el origen. Como sentimos ser únicos, en lo más íntimo –en todo caso podríamos sentirlo– así Dios es único. Lo tenemos de Él, porque nos asemejamos a Él, como los hijos se asemejan a su padre. Es difícil saber qué se da a los dioses y qué es para Dios. La Biblia cuenta que Israel, incluso en tiempos muy buenos, parece haber tenido ídolos en las alturas alrededor de Jerusalén, prácticamente siempre. En nuestras expresiones exteriores de vida, surge muchas veces la inclinación de servir, de entregarse a dioses ajenos.

Como consecuencia, los días festivos tienen muchas veces gran mezcla de costumbres. Porque cada servicio religioso –en todas las religiones– quisiera ser más que solo una reunión de simpatizantes. Se dicen ciertas formulas con solemnidad, se está de pie o sentado; arrodillarse parece ya algo cómico. Pero en el ser humano vive algo que le dice que lo haga a pesar de todo. Un sermón sin más, sería como una conferencia. Se busca un ritual, un rito. Mucha gente se avergüenza de ello, pero con una sonrisa participan a pesar de todo. Son reacciones humanas, reacciones de la manifestación pasajera frente al Señor, a Dios, el permanente.

Estoy pensando en las muchas costumbres del judaísmo que no se mencionan en la Biblia. Pero, como si se tratara de un secreto, salen de allí. *Toda la halajá*, el camino del ser humano bajo la luna y la luz del sol, está basada en palabras de la Biblia escrita. Son palabras bíblicas traducidas para el mundo del camino. *Halajá* significa “el camino”. Y muchas, muchísimas costumbres ni siquiera están allí. Tienen su origen en el camino mismo y muchos de ellas han sobrevivido al tiempo.

Así existen costumbres –mezclas de halajá y tradición añadida– para el nacimiento, la circuncisión, la educación, el peinado, el vestido; para prometerse, el matrimonio, el negocio, las posesiones, la jurisprudencia, la vejez, la muerte, el sepelio, la memoria de los fallecidos. Son costumbres, *minhagim*, prácticas, mezcladas con las costumbres del camino y sacadas gota a gota del Talmud. Talmud significa “enseñanza”, “aprender”. Significa que son interpretaciones de la Biblia escrita para la vida del camino, igual que el *Shulján aruj*, la mesa preparada. Está dicho que los *minhagim*, las prácticas, tienen una especie de autorización para ser considerados como viniendo del camino. Aunque, en los siglos pasados –realmente ya desde hace 1.500–2.000 años– no existe ninguna autoridad judía general que pudiera haberlo proclamado. El tiempo en sí mostraba lo que tenía valor, lo que tenía sentido y por tanto permanencia. Además, hay muchas costumbres diferentes que solo se observan en ciertos círculos limitados del judaísmo. *La halajá*, es decir todo el complejo del *Shulján aruj*, vale en principio para todos. Pero también el *Shulján aruj* ha recibido tal cantidad de interpretaciones, explicaciones, elaboraciones de muchos sectores diferentes que, aunque reconocidos, se suelen interpretar según la manera del círculo en que uno se mueve. Solo quiero mostrar cuántas posibilidades hay y cuán flexibles pueden llegar a ser las costumbres. Pero para todas vale que son un intento de adornarse para el encuentro, para el encuentro entre la temporalidad y la eternidad.

Lo estoy contando aquí, porque lo mismo vale para todos los seres humanos. Se mantienen costumbres por amor a él o a ella. Con ello comienza. Se pone la mesa así, se usan estos o aquellos utensilios. Porque se siente que así está bien. Se suele argumentar desde la estética, desde la moda, o algunas veces porque la madre en casa lo hacía igual. Y a veces acompañan costumbres de tradiciones religiosas. Por ejemplo, si los europeos introducen costumbres indias o africanas significa que están tirando su propia cultura, sus propias tradiciones. Ya no significan nada para ellos.

No es bueno pues que los cristianos introduzcan costumbres judías. Ninguna es mejor que la otra, por supuesto, pero tiene que ver con la fidelidad. Y recuerdo que en el hebreo la palabra “fidelidad” es la misma que las palabras “fe” y “confianza”.

El efecto, el resultado de las costumbres y de las tradiciones va muy lejos y muy profundamente. La manera de preparar las comidas, la manera de sentarse en casa, de saludarse, de decir sí o no. El día a día está lleno de ellas. Si se explica todo con la “utilidad”, o con “bueno, así es”, se demuestra no saber nada del encuentro de la vida profana con la eternidad. Y no estoy hablando de un saber que viene de un conocimiento determinado. Estoy hablando de un conocimiento inconsciente, que viene del Ser, de un sentimiento. Sin ello, la vida de verdad no tiene sentido, es pobre y mediocre, como muchos pretenden que sea. Lo pretenden en sus comportamientos, en sus maneras destructivas.

En las religiones se conoce el anhelo de ritos, de liturgia y a mucha gente le gustaría extender estas necesidades a la vida diaria. De no ser así, dicen, la vida en el diario es tan desértica, tan aburrida. Pero no se puede introducir tal cosa de cualquier forma, de pronto, por obligación. Solo se da si surge del encuentro; y el encuentro a que me refiero es entre el mundo manifiesto y ese oculto, ese lado inconsciente. Y como vemos y sabemos que nuestra vida está dirigida por esa inconsciencia –y no al revés– significa que el encuentro provoca que lo eterno se haga cargo de lo temporal.

¿Cómo experimentarlo en la vida? Cada persona tiene sus propias maneras, muy personales, de organizar su vida. Se lava de cierta forma, se viste siguiendo cierto orden, su manera de andar es personal, etc. Es fiel a estas pequeñas costumbres, no puede hacerlo de otra forma. También es fiel a ciertas tradiciones. O, por el contrario, es descuidado vistiéndose, porque no le dice nada. Imita a otros, igualmente descuidados. O no. Vemos la libertad del ser humano de decidir su camino, en todo lugar. Libertad, precisamente, porque no es consciente de ella. Si fuese consciente, dejaría de ser libre y actuaría por esa u otra razón.

Viéndolo, se sabe si hay fidelidad en esa vida; una fidelidad por así decir “gratis”, por la cual no puede esperarse ninguna recompensa aquí. Por ejemplo mostrar fidelidad a los muertos, porque lo pasado, todo lo fallecido, no puede devolver nada. La misma fidelidad, frente a todo lo oculto. No puede demostrarse si, y cómo, Dios la recompensa. Solo los infieles dicen: “Fíjate, aquí Dios ha ayudado”. ¿Quién puede decir que era Dios quien ha ayudado? Y si las cosas no van bien se está rápidamente dispuesto a decir: “Dios te está castigando”. Encogimiento de hombros. Porque la pregunta se impone:

¿cuál de los dioses? ¿El indio, el africano, el chino? ¿O el cristiano? ¿Cuál de los cristianos? Porque los cristianos luchan entre sí en cuanto al Dios verdadero. ¿O quizás el judío? Todas estas personas demuestran que no saben nada del encuentro, que quieren demostrar que tienen razón aquí y solo aquí. ¿Se puede tener razón en el tiempo que fluye, de entre las cosas perecederas? Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, no saben nada de la totalidad, de la eternidad, de la santidad. Solo ven este mundo, miden con medidas temporales y desde aquí se atreven a juzgar la vida entera.

Ahora, si hablamos de las costumbres, hay muchos matices de fidelidad. La palabra hebrea *minhag*, realmente significa “guiar, conducir”. Es decir, una costumbre puede guiar la vida. Se crea como una intuición, una casualidad, o una combinación de las dos, no se sabe. De pronto se tiene la idea de que podía hacerse así. Algunas veces la costumbre permanece, y otras veces queda en el olvido. Quizás la costumbre se ata a la vida y permanece. A veces otros aceptan esta costumbre y van más lejos aún con ella. Y si es así, puede que se esté creando una tradición. Es imposible introducir una tradición, salvo quizás por algún corto tiempo, obligado por la sociedad. Pero puede desaparecer luego, como todo lo demás, bueno o malo. Tampoco es posible soñar eso o aquello bajo obligación.

Así, el calendario de los días –en su múltiple extensión– es el regalo del hombre a la novia, al mundo. Y la novia puede adornarse con ese regalo o puede pensar de forma racional: “¿Qué querrá ese? Para mí no es importante, no tengo tiempo para él. Tengo cosas más importantes que hacer”. Es una reacción que sale de la libertad del ser humano. Solo puede darse el amor desde una elección libre.

Pero si la mujer, es decir el mundo, el ser humano frente a Dios, vive el amor, se adorna con la gran multiplicidad del tiempo. Entonces da belleza, armonía y alegría a todos los momentos del encuentro. Y comprende los elementos que perduran en el tiempo. “Sí, a mi madre le gustaba eso. ¿Dónde está ahora? En el cielo, se dice; no lo sé, pero podría creerlo, espero que esté allí. Si me ve o no, no lo sé. Pero me gusta hacer cosas que a ella le gustaba hacer”. O quizás el padre o el abuelo lo han hecho así. ¿Sigue habiendo alguien que actúa así? En todo caso, a mí me gustaría hacerlo. Toda esta actitud se sitúa en el borde mismo de la inconsciencia; pero solo así puede ser verdadera y libre.

Así tenemos muchas costumbres, muchos recuerdos. Como voy a describir el calendario bíblico, mencionaré muchas de estas costumbres y recuerdos que se siguen manteniendo en el judaísmo. Pero quisiera contarlos de tal forma, que cada cual encuentre en mis palabras *sus* encuentros y *su* tradición. Porque en el fondo surgen de la misma fuente. El año solar se remonta a la creación misma del ser humano, a la fuente de cada persona. Y el año lunar propicia el camino de *Israel* en el ser humano. Pero, si nos referimos a ese Israel en el ser humano, no hablamos del Israel de la historia, sino del Israel eterno, de la fuente. Ese elemento eterno va con nosotros, con nuestro cuerpo, por los tiempos. El cuerpo, *guèvi*, se escribe con las mismas letras en la lengua hebrea como *goi*, que significa “pueblo”. Las dos palabras escritas *guímel-vav-yod, 3-6-10*. Nuestro cuerpo envuelve a Israel, ese elemento oculto, eterno. Y lo oculto solo está aquí porque existe la envoltura; de no ser así, no tendría posibilidad de estar.

El calendario muestra cuán rico es el año de la Biblia y de la tradición, porque la vida aquí contiene muchos encuentros con la eternidad. La mujer se alegra con su hombre en la eternidad.

Cada comida aquí es una señal de esos encuentros. Encuentros hermosos, adornados. No solo pensando en calorías y vitaminas, en terminar rápidamente para dedicarse a otra cosa. El buen ambiente conlleva otro mundo, un mundo eterno. No puede mostrarse ni demostrarse, pero está; oculto, sí; vibrando en sonidos inaudibles, en el aliento.

La vida está vacía sin estos encuentros. Se manifiestan en el silencio, pero el ambiente está articulado por la voz de Dios. Cualquier obligación allí es peligrosa, porque los ídolos, los que envidian, acechan y aguardan en el umbral. Puede cambiar rápidamente en falta de modestia, orgullo, nacionalismo, folclore con el sentimiento de exclusividad, y lo que sigue son agresiones y tonterías. No siempre se ve de inmediato, a veces es necesario que el tentador se manifieste. Pero entonces hay tiempo para echarlo y para alejarse de su mundo. Con Dios existe siempre esta dualidad de encuentros. En principio, el encuentro está siempre abierto.

Bueno, quisiera hablar de ese camino a través del año y de los días del año. Espero que esta introducción haya podido aclarar algo, que ante todo podamos reconocer el camino, que va desde las imperfecciones a la perfección. Algo va cumpliéndose hasta que el cumplimiento sea perfecto. Espero que el secreto del sol y de la luna, no se quede solo en el intelecto, sino que lo reconozcamos en nuestra propia dualidad, en nuestra propia disociación: lo que queremos, lo que pasa en la práctica y lo que hacemos a continuación. Porque cada día, cada momento, el encuentro existe. En todo caso, buscamos esta posibilidad y decimos correctamente que la vida está vacía y sin sentido si no sabemos nada de ella.